CAPRICHOS

DE FEDERICO II,

O SEA

EL BARON DE FELCHEIN.

COMEDIA NUEVA

EN TRES ACTOS.

VALENCIA: IMPRENTA DE GIMENO.
1823.

Véndese en su librería, frente al Miguelete, donde se hallarán otras antiguas y modernas.

PERSONAS.

FEDERICO II, Rey de Prusia.
CARLOS, baron de Felcheim.
TEODORO DE ARMANT, su amigo.
EL GOBERNADOR de la ciudadela de Schweidnitz.
MATILDE, su hija.
BRANT, antiguo alferez de húsares.
DEHERLEIM, ayudante general del Rey.
CRETLA, criada de Matilde.
ESTOCH, furriel de húsares.
Oficiales generales.
Húsares.
Edecanes del Rey.
Soldados y aldeanos de ambos sexos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la sala de una de las principales casas de Schweidnitz, á donde está el cuartel general del Rey de Prusia: en la derecha habrá una mesa con recado de escribir.

ESCENA I.

DEHERLEIM Y BRANT.

Brant entrando. Mi general: habiéndome avisado un cabo de la guardia que V. E quería hablarme, sin perder tiempo he venido á ponerme á su disposicion.

Deh. No habeis servido en los húsares de Felchein?

Brant. Si, mi general: y aunque hace ya mas de treinta años que dejé el servicio, aun conservo mi uniforme: le he llevado con honor, y quiero morir con él.

Deh. Me han hablado de vos, y del amor que profesasteis á vuestro coronel.

Brant. Francisco Augusto de Felchein? Cierto que se lo tenia. Van ya para cuarenta años que entré en su regimiento, y he hecho bajo su mando la conquista de la Pomerania. Tres veces tuve la dicha de salvarle la vida: en recompensa me hizo alferez; y á estas horas fuera yo capitan por lo menos, si en la toma de Stralsund no hubiera mi desgraciado coronel perdido un ojo, un brazo y una pierna.

Deh. Segun parece fue muy reñida.

Brant. Fue terrible, mi general; y á ser por

713047

mi no hubiera mi Coronel salido tan bien librado. Resolvió entonces retirarse á su castillo de Felchein, á donde me mandó seguirle. Obedecíle, aunque con sentimiento de dejar las armas; pero el buen señor necesitaba de veras mis servicios; pues ademas de sus heridas, tenia cincuenta años, la gota y un reumatismo. Vivimos asi en paz y buena armonía cerca de seis años, hasta que por mis pecados el diablo me inspiró la idea de casarle.

Deh. De casarle con tantos achaques?

Brant. No por eso dejaba de tener todas las prendas que requiere un buen marido: por lo menos su muger podia estar segura de su fidelidad.

Deh. Yo lo creo.

Brant. Ademas, necesitaba un heredero; sin lo cual moriria con él la mas antigua é ilustre familia de la Germania; pues debeis saber, mi general, que desciende en línea recta del famoso Witkiud, que tanto dió que hacer á Carlo Magno. Procurele, pues, una jóven, hija de un Baron de las cercanias, que, aunque pobre, era virtuosa y bella. Casóse al fin: pero ¡ay Dios! al siguiente dia de la boda, no mas amigo, no mas Baron: murió, mi general, murió.

Deh. Porqué accidente?

Brant. Que sé yo. El matrimonio tal vez..... Pobre Coronel! Yo hubiera muerto de dolor, si su muger, á pesar del poco tiempo que duró su matrimonio, no hubiera hecho revivir la familia de Felchein en un hijo, á quien amo tanto como amé á su padre.

Deh. Lo conozco, y para hablaros de él os he mandado venir.

Brant. Hablemos, pues, mi general: no hay para mí mayor gusto que el estar hablando de mi Cárlos. Es un mozo lleno de talento y de buenas cuandades.

Deh. Es verdad.

Brant. Segun parece, S. M. le estima mucho; pues de page que era, le ha elevado al grado de capitan, y hecho su edecan.

Deh. Tambien es cierto.

Brant. Será tan valiente como su padre.

Deh. No lo dudo.

Brant. Y apuesto á que V. E. va á hacerme mil elogios de él.

Deh. Muy al contrário.

Brant. Al contrario! Pues cómo?

Deh. Se que el amor que profesais á Cárlos os hizo solicitar el permiso de acompañarlo cuando su madre consiguió que le admitiese el Rey en el número de sus pages.

Brant. Como era joven, necesitaba de un amigo que velase sobre su conducta.

Deh. Y él ha burlado vuestra vigilancia.

Brant. No puede ser.

Deh. Si tal: sabeis en qué pasa el tiempo desde que el cuartel general se ha establecido aqui?

Brant. Lee y estudia: cuando no está con el Rey, ó bien se divierte en montar á caballo con su amigo Teodoro de Armant.

Deh. Eso es por de dia: y por de noche?

Brant. La pasa durmiendo como un tronco.

Deh. Estais muy equivocado Las pasa casi todas en una de esas casas infames, donde tantos esponen á la vez su honor y su fortuna.

Brant. Eso es decir que juega. Voto á brios!

Estoy furioso... Oiga, señor Baron, con que jugais, eh? Pronto os haré yo ver... Pero quien se lo ha dicho á V. E.?

Deh. Uno de aquellos agentes secretos de que me sirvo para celar la conducta de los que tienen acceso cerca del Rey. Me ha dicho ademas, que Carlos lleva perdidas cuantiosas sumas.

Brant. Pero de donde saca todo ese dinero? Yo soy su cajero: su madre me envia todo lo que le hace falta, y hace ya mucho tiempo que no me ha pedido ni un solo federico.

Deh. Lo pedirá prestado.

Brant. Asi puede ser: pero bien podia su amigo aconsejarle que...

Deh. Quien? Teodoro? Tan buena pieza es como el otro. He querido daros á conocer la conducta de vuestro amado Carlos, para que pongais la enmienda. Procurad ahogar en su pecho ese vicio infamante, que aunque ha poco que se ha apoderado de el, pudiera en breve ocasionar su ruina. Para lograr este fin, unirá yo mis esfuerzos á los vuestros: por el amor que tengo á Carlos, no hablaré de ello al Rey.

Brant. Mil gracias, mi general; pues ya sabe V. E. lo rígido que es sobre este punto.

Deh. Y hace muy bien. Un rey debe siempre castigar ese vicio con la mayor severidad. Marchad; pues, á ver vuestro calavera, y aconsejadle no vuelva á caer en semejante falta. Quedad con Dios.

Brant. Mi general, estoy á su disposicion.

ESCENA II.

BRANT SOLO.

Brant. Vamos ahora á dar una buena carda á nuestro jugador.... Terrible empresa es. Jamas le veo sin sentir aqui... Fuera, fuera flaqueza: arqueemos las cejas, pongámosle un rostro muy serio, y.... Mas ya viene hácia aqui, en compañia de su amigo.

ESCENA III.

DICHO, CARLOS Y TEODORO.

Carl. Tú aqui, Brant?
Brant. Y eso os admira?
Carl. Cierto. Pero me alegro encontrarte: tengo mil cosas que decirte. Hoy estoy muy alegre.
Brant. Yo tambien lo estoy. (*serio.*)
Teod. No lo hubiera adivinado.
Brant. Asi os parece: eh? (*á Teod.*) Yo tambien tengo muchas cosas que deciros, señor baron.
Carl. Señor baron.... Que tono es ese? No soy ya Cárlos, tu amiguito, el que tú amas tanto como él te ama á ti?
Brant. Si tal, si tal.... Ya se llevó el diablo mi severidad.... Acabo de recibir buenos informes de vos.
Carl. Si sabrá?.... (*á Teod.*)
Teod. Mucho me lo temo.
Brant. Cuánto habeis ganado esta noche pasada?
Carl. Ganado!
Brant. Si, ganado: cuando se juega es para ganar ó perder.

Carl. Esplícate.

Brant. Pues me parece que me esplico. Lo que os quiero decir es que hace ya varios dias que frecuentais esas casas infernales, donde se pierde el dinero, á veces la vida, y siempre la reputacion. Escuchadme, amigo Carlos: yo no sé gastar bellas palabras, pero lo que os diré lisa y llanamente es, que eso está muy mal hecho: que por semejante conducta (que haria morir de dolor á vuestra madre si llegase á saberlo) os haceis indigno de la confianza que os dispensa el Rey; y finalmente, que sois hijo de un hombre que jamás hizo en su vida una accion de que pudiese avergonzarse.

Carl. Merezco esas justas reconvenciones, si. Hace ocho dias que á Teodoro y á mí nos dió gana de jugar: en seis noches ganamos quinientos federicos de oro, y....

Brant. Los habreis perdido luego: no es asi?

Carl. En menos de dos noches.

Brant. Asi sucede siempre: por lo demas me alegro mucho de ello.

Teod. Y yo lo siento en estremo.

Brant. Esa desgracia os servirá de leccion.

Teod. Ni aunque quisiéramos, podríamos recibir otra.

Carl. Ante ayer nos hicieron en un credo desembolsar doscientos federicos.

Teod. Y ayer dieron fin á nuestro bolsillo.

Carl. Teodoro conservaba todavia unos doscientos federicos, que no se atrevia á aventurar: mas creyendo que la suerte volveria á favorecerme, se los pedí prestados.

Brant. Y los perdisteis.

Carl. Si, pero no al juego.

Brant. Pues como?

Carl. Sospechando que una desgracia tan constante no podia ser natural, exáminé con cuidado las manos del banquero, y habiendo notado que nos estaba engañando, le di tal bofeton....

Brant. Muy bien hecho!

Carl. Que fueron rodando él y sus sillas por el suelo.

Brant. Bravo!

Teod. Esa accion fué la señal del mas terrible combate entre nosotros y los dignos apoyadores de su casa. Al momento luces, arañas, muebles, mesas, todo lo hacemos mil pedazos: sus despojos nos suministran armas, y las empleamos de un modo....

Carl. Digno de admiracion.

Brant. Qué perspectiva tan bella! De buena gana me hubiera yo hallado alli.

Carl. Mas los gritos de ¡á la guardia; al asesino, vinieron á entibiar nuestro ardor guerrero, Por no ser cogidos, echamos á correr, sin acordarnos de coger nuestros doscientos federicos; y nos alejamos de aquella odiosa casa, con juramento de no volver jamás à poner los pies en semejantes degolladeros.

Brant. Perfectamente, amigos: me alegro que hayais reconocido vuestro error. Pero si el Rey llega á saberlo....

Teod. Mucho lo sintiria.

Carl. El menor mal que nos vendria seria mandarnos á reflexionar por tres ó cuatro meses en algun castillo.... Pero qué ha de saber? Nadie nos conocia en aquella casa; jamás nos mos-

tramos en ella con uniforme, y tuvimos tiempo de escaparnos antes que llegasen los agentes de policía.

Brant. Basta uno solo para inutilizar todas vuestras precauciones, y la prueba es que el Señor Deherleim está informado de todo.

Carl. Perdidos somos!

Teod. Ya estoy viendo desde aquí abrirse para nosotros las puertas de algun castillo.

Brant. Sosegaos. El señor Deherleim me ha prometido guardar el secreto.... Pero no mas juego, se entiende.

Los dos. Lo prometemos.

Brant. Muy bien.... Pues á otra cosa. Qué escelentes noticias son las que tenias que darme?

Carl. Es, amigo, que la he visto.

Brant. A quien?

Carl. A mi hermosa incógnita.

Brant. A Dios.... Ya tenemos amores en campaña. Apuesto á que la hermosa incógnita es alguna de esas mugeres que....

Carl. Ah, Brant. . Guárdate de ultrajarla!

Brant. Qué es esto? *(Se oyen cajas.)*

Teod. Ay Dios! Es el regimiento de la guardia que se pone en formacion, y aunque estoy aqui, voy corriendo á mi puesto. A Dios, Cárlos: despues de la revista nos veremos. A Dios Brant.

ESCENA IV.

CARLOS, BRANT.

Brant. Exáminemos si esa bella incógnita es dig-

na de vos. Primero: donde la habeis visto?

Carl. En el paseo, hace mas de dos meses. Iba con un hombre condecorado que parecia su padre.

Brant. Cáspita! Un hombre condecorado!

Carl. Paréme un poco para considerarla. Sus ojos se encontraron con los mios: al momento un modesto sonrosado apareció en sus megillas, y un fuego abrasador se esparció por todos mis sentidos.

Brant. Cuidado con el incendio!

Carl. El temor de que me viese su padre, me hizo continuar mi paseo; pero observe con placer que ella me seguia con la vista por entre el tropel de la gente Desde aquel dia no la volví á ver, y fueron vanos todos los pasos que di para indagar á donde vivia. Esta mañana al salir de mi casa, veo pasar un coche, y al mismo tiempo una muger asomarse por la ventanilla. Juzga de mi placer.... Era ella la misma Quise seguirla; mas la rapidez del coche la hizo pronto desaparecer á mi vista, quedándome con desconsuelo de haber visto a la que adoro para volverla á perder.

Brant. Consolaos: la casualidad os hara encontrarla otra vez, y entónces os podreis aprovechar mejor de la ocasion.... Pero ¿qué es esto?

(Se oyen cajas.)

Carl. Es el Rey que va á pasar revista á sus guardias: suele pararse en esta sala, donde recibe los memoriales de todos los que tienen algo que pedirle. Ya entra.

Brant. Pues os dejo. Hasta la vista, y cuidado con enmendarse.

ESCENA V.

El Rey, Carlos, Deherlein, oficiales y soldados. *Un oficial al frente de un cuerpo de guardia ocupará el fondo del teatro. Se tocará el tambor al salir el Rey.*

Rey. Sois vos, Cárlos? Cómo es que hasta ahora no os he visto hoy?

Carl. Señor....

Rey. Vuestras facciones están alteradas, y anuncian la fatiga. Sin duda habreis pasado la noche trabajando. Mil veces os lo tengo prohibido. Emplead el dia en el estudio de las matemáticas y demas ciencias que os harán ser con el tiempo un buen oficial; pero tambien debeis tomar algun reposo, y sobre todo alguna distraccion. Vuestra salud lo exige, y ya sabeis que me interesa en ella.

Carl. Tantas bondades, señor, me llenan de la mas profunda gratitud.

Deh. Aqui tiene V. M los partes de hoy.

Presenta al Rey varios papeles.

Rey. Abridlos. (*Deherlein egecuta la órden, y va dándolos al Rey uno tras otro.*)

Rey (leyendo el primero.) El gobernador de la ciudadela de Schweidnitz me anuncia la muerte del alcaide del castillo y pide la plaza para un tal Estoch, furriel de húsares, que lleva cuatro años de servicio." Veremos si hay algun antiguo militar mas digno que él de obtenerla. Jamás debe un Rey dejar marchar las ocasiones de premiar á los que han espuesto la vida para mantenerle su gloria y su poder. Deherlein, luego me remitireis el despacho

de este empleo, con el nombre en blanco.

Deh. V. M. será obedecido.

Rey. Ah, ah..! El feld mariscal que manda en el campamento de Friedberg me avisa de que el enemigo se halla á distancia de cerca de tres leguas de mi egército, y marchando directamente hácia él. Intentará darme la batalla? Que tiemble: pues verá renovarse en las llanuras de Friedberg las escenas de Molwitz, Hermensdorf y Czalau Carlos, antes de que pasen veinte y cuatro horas, veremos al enemigo.

Car. Esa noticia llena de gozo mi corazon. Nada anhelo tanto como hacer ver á V M. que soy digno de ser contado en el número de sus soldados.

Rey. Muy bien. Deherlein, dentro de cuatro horas saldré de Schweidnitz para establecer mi cuartel general en Friedberg. Haced que todo se disponga para la marcha.

Deh. Está muy bien, Señor.

Rey. Un informe del burgo-maestre de Schweidnitz: leamos. ,,Señor, la (*leyendo el último parte*) tranquilidad pública ha sido alterada esta noche pasada. Se ha suscitado una pendencia en una casa de juego, que habia escapado á mi vigilancia.'' No debiera haber existido un solo dia. ,,He mandado arrestar á sus dueños.'' Padecerán diez años de presidio. ,,E igualmente á todos los que se hallaban en ella; pero los autores de la pendencia se habian ya escapado. Con dolor he sabido que asisten cerca de vuestra persona El uno es el baron de Felchein..'' Cárlos...! (*ap.*)

Car. Porqué será esta mirada tan severa? (*ap.*)

Rey. ,,Y el otro es el señor Teodoro de Artmant,

teniente de la guardia." (*Guarda el parte.*) Insensata juventud! No habeis pasado la noche trabajando, señor Cárlos, sino en el juego.

Car. Perdido soy! (*ap.*)

Rey. A esa falta habeis añadido otra mayor; y es, la de comprometer vuestra estimacion con gente indigna de vuestra clase, y cuya sociedad solo os puede ser perjudicial.

Car. Solo ha sido, Señor, un error pasagero, que he reconocido ya; y creed que no hubiera aguardado á vuestras justas reconvenciones para jurar por mi honor no volver á caer en falta tan detestable.

Rey. Lo habeis jurado por vuestro honor?

Car Si señor, y cumpliré mi palabra.

Rey. Está bien: sentaos ahí, y escribid lo que os voy á dictar.

Siéntase Cárlos, y escribe:

„Señor gobernador de la ciudadela de Schweidnitz: Ahí os envio uno de mis edecanes, de quien tengo queja."

Car. Ya esto es hecho. (*ap.*)

Rey. „Me dareis cuenta todos los meses de su conducta."

Car. Todos los meses! (*ap.*)

Rey. No escribis?

Car. Perdóneme V. M. No habla de Teodoro! (*ap.*)

Rey. Habeis concluido?

Car. Si señor.

Se levanta, y presenta la pluma al Rey, quien se sienta, firma y vuelve á leer la órden.

Rey. Me olvidaba de Teodoro. „Tambien detendreis (*escribe diciéndolo à media voz*) preso al teniente Teodoro de Artmant, portador de

esta órden.» Deherlein, cerrad ese pliego.

Se levanta el Rey. Deherlein se sienta, y cierra el pliego. El Rey llama á un oficial, y le dice: Id a buscar a Teodoro de Artmant.

Car. Qué le querrá? (*ap.*) La pérdida (*alto*) de mi libertad me será tanto mas sensible, porque me privará del honor de pelear á la vista de V. M. Os ruego, señor, que diferais mi castigo hasta despues de la batalla Tenga yo el placer de derramar toda mi sangre, para manifestar mi vivo sentimiento de haberos ofendido.

Rey. Retiraos.

Car. En nombre de la gloria, que os (*se arrodilla*) es tan cara, no me negueis la gracia de probar mi valor contra los enemigos de V. M.

Rey. Alzaos (*alzándole, y procurando ocultar su emocion*) os digo: son inútiles vuestros ruegos. Siento tenerle (*ap.*) que castigar: pero lo exige el egemplo

Deh. Señor: (*dándole la órden al Rey*) ya está aqui el teniente Teodoro.

ESCENA VI.

Dichos, Teodoro *que entra, y se turba al ver el dolor de Cárlos.*

Rey. Acercaos, Teodoro: (*Entrégale la órden.*) os doy el encargo de conducir al señor baron de Felchein á la ciudadela de Schweidnitz.

Teod. Yo, Señor...!

Rey. Si, vos: y espero que antes de una hora mis órdenes queden ejecutadas. Seguidme.

Al irse el Rey, acompañado de la oficialidad, tocará el tambor.

ESCENA VII.

CARLOS Y TEODORO.

Teod. No estoy en mí: el Rey lo sabe?

Carl. Todo. He perdido su amistad, y el burgomaestre de Schweidnitz es á quien debo este buen servicio.

Teod. Pero yo...?

Carl. Sin duda ese magistrado no debe nombrarte en el oficio.

Teod. El Rey no ignora que la mas estrecha amistad nos une, y sin embargo me dá el cargo de.... Pues es un error involuntario del burgomaestre el no haberme incluido en su oficio, yo voy á repararlo.

Carl. Qué pretendes hacer?

Teod. Quiero que sepa Federico que soy tan culpable como tú. Voy á arrojarme á sus plantas; y pues he sido partícipe de tu culpa, quiero serlo tambien de tu castigo.

Carl. Aguarda: agradece mas bien á tu buena suerte que te liberta de él, y mira que la pérdida de tu libertad te perjudicaría en tus ascensos.

Teod. Nada escucho, y voy ahora mismo....

Carl. Si das un paso mas, no vuelves á ser mi amigo.

Teod. Preciso es obedecerte: pero ya que no pueda acompañarte, tendré al menos el consuelo de aliviar el rigor de tu prision.

Carl. Cómo?

Teod. El gobernador de la ciudadela es tio mio.

Carl. De veras?

Teod. Y ademas me quiere mucho: él piensa que

soy un prodigio de buena conducta. Desde que estoy aquí le he hecho varias visitas, y es una casualidad que yo no te haya llevado á verle: mas ahora te recomendaré á él. Verás á mi prima, la amable Matilde, jóven de diez y seis años, y hermosa como un ángel.

Carl. Y de quien, sin duda, estarás enamorado.

Teod. No por cierto: si lo estuviera, en lugar de pasar la noche en el juego, hubiera ido con ella á un baile que ha dado una tia suya, y hubieras venido con migo.

Carl. Mas valiera haberlo hecho, y no me veria yo en este estado.

Teod. Ciertamente; pero volviendo á Matilde, mi tio quiere casarla con un antiguo general, amigo suyo.

Carl. Y que á ella, sin duda, no le agrada.

Teod. No le puede ver ni pintado. Es verdad que tampoco disimula á su padre el disgusto que le causa; pues es tan franca y sincera, que le confiesa hasta sus mas ocultos pensamientos. La verás, y apuesto á que te hace olvidar á tu hermosa incógnita.

Carl. Eso si que no.

Teod. Allá lo veremos.

Carl. Pero quién viene?

Teod. Es Brant: parece que está furioso.

ESCENA VIII.

DICHOS Y BRANT.

Brant. Que es lo que acabo de saber? Voto á brios!

Carl. Te han dicho....?

Bran. Que vais preso á la ciudadela de Schweidnitz: el señor Deherlein me ha informado de todo. Estoy furioso contra el Rey: ya le diré yo lo que hace al caso. Tengo (*ap.*) cierta carta.

Carl. Qué pretendes hacer?

Brant. He de lograr vuestro perdon, ó he de poder muy poco.

Carl. Nada has de lograr, por mas que hagas.

Brant. Os arrepentis de vuestra culpa?

Carl. Si por cierto.

Brant. Pues bien: yo os perdono; y el Rey debe imitarme. Mas entre tanto es preciso obedecer sus órdenes. Id á vuestro destino, pues yo os prometo no tardaremos mucho en vernos.

ESCENA IX.

BRANT SOLO.

Brant. Es escelente muchacho! Cierto que me da lástima. Tambien es mucha crueldad por una ligera falta de que ya está arrepentido.... Oh! Pues vive Dios que no ha de ser asi. Aqui tengo esta carta, que la escribi (*La saca*) en una de las tabernas de la plaza de armas, luego que me separé del señor Deherlein. Está puesta con tino, y jamás ha recibido el Rey otra igual.... Pero aqui viene el señor Deherlein. Es un escelente hombre: le pediré por favor que tenga la bondad de presentársela al Rey, y no dudo de que lo haga.

ESCENA X.

DICHOS Y DEHERLEIN.

Deh. Y bien, amigo Brant....

Brant. Y bien, mi general, se le llevaron.
Deh. Ahora mismo acabo de verle pasar por la plaza de armas.
Brant. Le ha visto el Rey?
Deh. Si.
Brant. Y no le ha vuelto á llamar?
Deh. No.
Brant. Por vida de....!
Deh. Pero no le ha perdido de vista; y por lo que he notado en él, parecia sentir en su interior tener que mostrarse tan severo.
Brant. Tanto mejor: mi carta acabará de ablandarle.
Deh. Qué carta?
Brant. La que tengo aqui. La he puesto con todos mis cinco sentidos, y no puede menos de producir un grande efecto. Mi general: quiere V. E. tener la bondad de presentársela al Rey?
Deh. Con mucho gusto. (*Tomándola.*) Pienso que no os habreis apartado del debido respeto.
Brant. No tenga V. E. ningun cuidado. Bien sé yo como se escribe á los reyes.... Pero ¿qué ruido...?
Deh. Es el Rey.
Brant. Me retiraré á un rincon de la sala, para ver desde alli el efecto que produce mi carta sobre el corazon de S. M.

ESCENA XI.

DICHOS, EL REY, OFICIALES, &c.

Rey. Señores oficiales, os doy gracias por el buen estado en que teneis á mi guardia. Estoy muy

satisfecho de ella, y debo creer que no lo quedaré menos de su conducta en presencia del enemigo, procurando sostener la gloria de que se ha cubierto en mis últimas campañas. Vais á marchar á los campos de Friedberg, adonde os he de seguir. Mañana al amanecer atacaremos al enemigo, y le derrotaremos.

Deh. Señor, tengo el honor de presentar á V. M. la solicitud de un antiguo militar.

Rey. De un antiguo militar? Veamos.

Brant. Bueno, ya la tiene. (*ap.*)

Deh. Es en favor de un jóven á quien amo, y os ruego la admitais con benignidad.

Rey. „ Señor: (*leyendo*) la familia de Witkind es mas antigua que la vuestra.... » Oiga! Luego teneis un edecan que es mas noble que vos. Esta es cosa nueva.

Deh. Que oigo cielos! (*ap.*)

Rey. Sin embargo le tratais indignamente, y no es asi como debe obrar un buen Rey. Quien es el atrevido?

Brant. Parece que se enfada. *(ap.)*

Rey. „ Cual es el delito de ese pobre mozo? Ha jugado, ha perdido su dinero. ¿Era acaso vuestro?

Deh. Debe haber perdido el juicio. (*ap.*)

Rey. Si tuvieseis la desgracia de perder una batalla, os pareceria acaso justo que os encerraran por eso en la ciudadela de Schweidnitz? Esto es ya por demas.

Deh. Os ruego no prosigais.

Rey. Dejadme: quiero ver hasta que punto llega su osadia.

Bran. No lo toma muy bien. (*ap.*)

Rey. Compadeceos, Señor, del pobre Cárlos.

No le priveís del gusto de dar cuchilladas á vuestros enemigos. En recompensa de tan buena accion, os prometo acompoñarlo en todas las batallas; pero antes ire á deciros de viva voz, que soy y seré siempre vuestro servidor y amigo = Brant, antiguo alferez de los húsares de Felcheín, conquistador de la Pomerania, y dispuesto á pelear por vos, si lo teneis á bien."

Brant. Eso debe aplacarle. (*ap.*)

Rey. Y sois vos, Deherlein, quien me recomienda un memorial semejante?

Brant. Y por que no? (*ap.*)

Deh. Aunque conocia, Señor, el objeto á que se dirige, ignoraba en que términos estaba escrito

Rey. Esta es la primera vez que se me ha presentado un memorial de esta suerte, y el insolente que lo ha hecho será arcabuceado.

Brant. Arcabuceado! Eso si que no.

Echa Brant á correr: y el Rey se vuelve y lo ve.

Rey. Qué hombre es ese?

Deh. Es ese Brant.

Rey. Que le traigan á mi presencia.

Sale un cabo con cuatro guardias.

ESCENA XII.

DICHOS MÉNOS BRANT.

Deh. Procuremos aplacarle. (*ap.*) Señor: bien veo que ese memorial debe excitar la ira de V. M. pero si conocieseis á ese Brant, en vez de enojaros os reiriais.

Rey. Yo jamás me rio cuando se falta al respeto que me es debido. Un Rey no debe permitir

que se le ultraje; y la historia nos ofrece mil egemplos de príncipes que han sido despojados de sus tronos por haberse dejado envilecer.

Deh. Puedo asegurar á V. M. que nadie os respeta y venera tanto como ese antiguo soldado.

Rey. Bien se le conoce.

Deh. Ha servido con honor á vuestro padre, y está cubierto de heridas. Ama á Carlos, y sacrificará por él su vida. Su único delito es ignorar como se escribe á un soberano. A toda la franqueza militar y á un genio exaltado, reune el corazon mas sensible, y sobre todo una originalidad sin igual. Tal es el hombre que ha tenido la desgracia de ofender involuntariamente á V. M. Dignaos leer su carta, y en cada expresion hallareis una prueba de lo que os digo. (*El Rey vuelve á leer la carta y se sonrie un poco.*) Bueno! (*ap.*) Se sonrie: Brant está salvado.

Rey. En efecto; ahora que conozco su carácter, veo que ciertamente para escribirme en este estilo, es preciso ser muy original. Veamos al conquistador de la Pomerania.

ESCENA XIII.

DICHOS Y BRANT.

Brant. Que diablos ganará V. M. con hacerme arcabucear?

Rey. Acércate.

Brant. Aqui estoy.

Rey. Con que huias?

Brant. Si por cierto.

Rey. Y por que?

Brant. Porque oí decir á V. M. que queria arcabucearme.

Rey. Con que temes la muerte?

Brant. Voto á brios....! Yo....? Perdóneme V.M. Vive Dios, que no la temo! Me he hallado en seis batallas y veinte escaramuzas, sin haber jamás dado un paso atrás. Entónces tenia yo mi sable en la mano para parar los golpes, y dar tajos á los enemigos de vuestro padre. No me amedrentaba entonces la muerte, porque era honrosa: pero esto de ir con las manos atadas á que le pasen á uno por la cabeza media docena de balas, no tiene nada de honroso ni agradable.

Rey. Veo *(ap. á Deherlein)* que tenias razon. Y eres tu *(á Brant con severidad fingida)* quien pretende dar leyes á los reyes?

Brant. Dar lecciones no, pero quisiera que fueran menos severos. ¿Con que haceis encerrar á mi amigo en un castillo por una leve falta que ha cometido, y quereis ahora hacerme arcabucear por haberos escrito una carta muy respetuosa? Mandad, si quereis, que me rompan la cabeza, mas por lo menos dad libertad á Cárlos, para que pueda batirse contra vuestros enemigos.

Rey. Ni uno ni otro. Extended para Brant *(bajo á Deherlein)* ese nombramiento de alcaide.

Brant. Qué es lo que *(ap.)* pretende hacer?

Rey. No me es posible dar libertad á tu Baron: lo mas que puedo hacer por ti es encerrarte con él en la misma cárcel.

Brant. Mas vale eso que ser arcabuceado. Por lo menos estaré en su compañia: procuraré consolarle del sentimiento de no poder ir á

pelear por V. M. ; y le referiré todas las victorias de su padre.

Rey. Harás muy bien : cuida sobre todo de que no haga alguna nueva calaverada.

Brant. Qué calaveradas quereis que haga en una cárcel ?

Rey. Toma: este es el nombramiento *(dándole el papel)* para ti de alcaide de la ciudadela.

Brant. Es posible....!

Rey. Agradece á que me has hallado de buen humor. Otro que tu no me hubiera escrito esta carta, sin padecer el merecido castigo. Mira que si te doy el empleo de alcaide, es solo con el objeto de que estés cerca de Cárlos, y veles sobre su conducta.

Brant. No le perderé ni un solo instante de vista.

Rey Te hago responsable de su conducta.

Brant. No tenga V. M. ningun cuidado. Mas ¿como manifestaros mi gratitud? El gozo.... la satisfaccion.... No, yo *(postrado)* no puedo expresar.... Me faltan palabras.... y el placer que siento....

Los oficiales se rien, y el rey les reprende.

Rey. Qué es eso, señores ? Este buen hombre ha sido un valeroso soldado: procurad imitarle: quisiera tener treinta mil hombres como él.

Brant. Segun eso, Señor, ya no estais enojado?

Rey. Vamos, marcha á ver á tu querido Baron.

Brant. Antes de un cuarto de hora estaré con el: mas no nos tenga V. M. mucho tiempo en esa maldita ciudadela; pues mi jóven Barón tiene vivos deseos de hallarse en la batalla, y yo de acompañarle.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa á la drecha la casa del gobernador de la ciudadela de Schweidnitz, con una puerta sobre la escena, y un banco en la parte anterior del teatro. A la izquierda un jardin. En el fondo se ven las fortificaciones interiores de la ciudadela. Una verja divide el teatro, partiendo desde la esquina de la casa del gobernador, y prolongandose hasta el bastidor opuesto. Cerca del jardin habrá un banco colocado bajo de un cenador.

ESCENA I.

EL GOBERNADOR Y ESTOCH: ESTE SALE POR LA PUERTA DE LA VERJA, Y EL GOBERNADOR DE SU CASA.

Est. Está ya de vuelta la señorita, señor gobernador?

Gob. Aun no ha venido, pero discurro que no tardará. ¿Está ya todo prevenido para la agradable sorpresa que quiero procurarla?

Est. Nada falta, mi general: algo apurado me he visto con el arreglo de la funcion que me habeis encargado, con el motivo del cumple años de vuestra hija: mas pienso que ha de salir con lucimiento, y que quedareis satisfecho.

Gob. Perfectamente. Te ha venido muy bien el que la tia convidase á Matilde al baile esta noche: pues asi has podido ensayar libremente á los actores, sin temor de que ella te viese.

Est. Eso es verdad: qué contenta se va á poner

al ver las tiernas expresiones del cariño que la profesa su padre! Tambien es verdad que ella se merece esto, y mucho mas por las prendas sobresalientes que la adornan. Hermosura, gracias, talento, amabilidad y franqueza, todo se halla reunido en ella.... Pero un coche ha parado: sin duda será ella.... Si, en efecto, y ya entra seguida de Cretla. Os dejo por un momento. voy á reunir mi gente, y conducirla á este sitio.

ESCENA II.

EL GOBERNADOR, MATILDE Y CRETLA.

Mat. Buenos dias, padre. *(le abraza.)*

Gob. Buenos dias, Matilde: ¿te has divertido?

Mat. En extremo, padre mio: el baile ha estado de lo mas brillante. Mi tia habia convidado á las damas mas bellas de Schweidnitz, á los jóvenes mas amables. Si viérais que obsequiada he estado!

Gob. En efecto. (*sonriéndose.*)

Mat. Mas á pesar de su amabilidad, ninguno tenia las gracias de aquel jóven page que vi hace dias en el paseo.

Gob. Y de quien tantas veces me has hablado.

Cret. Qué siempre habeis de estar pensando en ese page?

Mat. Y por que no? Tiene acaso algo de malo?

Gob. Dejadla, Cretla. No hagais caso de lo que dice Matilde acerca de ese page. ¿No veis que todas son niñadas?

Mat. Niñadas, pues: ni mas ni menos. Sin duda olvidais, padre mio, que tengo ya diez y seis

años, y que á esta edad obra ya una con juicio.

Gob. Quién lo duda? En fecto: en ti se muestra. ¿Con que por que en el paseo te mira un jóven con aquel aire tan tierno, que todos suelen cuando ven á muger bonita, ya te crees amada, y amada de un page? ¡Pobre inocente! Apuesto á que ya no se acuerda de ti.

Mat. Pues hariais muy mal en apostar, porque perderiais.

Gob. Cómo?

Mat. La prueba está en que esta mañana misma le he visto.

Cret. Y adonde, señorita? Yo no me he apartado de vos ni un solo instante....

Mat. Al salir de casa de mi tia para venir aqui, nos hemos encontrado, nos hemos visto, nos hemos reconocido, y tenia tales deseos de hablarme, que ha echado á correr tras el coche.

Cret. ¡Haya atrevido!

Mat. Pero el maldito cochero (os lo prevengo, padre: estropeará algun dia vuestros caballos por quererlos hacer ir tan de prisa) parecia haberse empeñado en llevarnos á rienda suelta; de suerte que en un instante perdi de vista á aquel amable jóven.

Cret. Me gusta la franqueza.

Mat. ¿No es mi padre el mejor de mis amigos? Pues ¿porque le he de ocultar los sentimientos de mi corazon?

Gob. Haces bien, querida hija. Ten en tu padre siempre la misma confianza, y deja á mi experiencia el cuidado de dirigirte.

Mat. Siempre me hallareis pronto á seguir vuestros consejos.

Gob. Es preciso que olvides á ese page, y ten

presente que estás ya prometida al general...

Mat. ¡Prometida! No hay tal cosa. Decid mas bien que deseais mi enlace con él; pero me amais demasiado para obligarme á contraer matrimonio con una persona que jamás poseerá mi corazon.

Gob. La bribona me conoce. (*aparte.*)

Mat. Convengo en que vuestro general es muy amable, y aun me siento dispuesta á quererle...

Gob Eso es lo que yo deseo.

Mat Se entiende, como un amigo, cuyos consejos me puedan ser muy provechosos, mas no como un esposo.

Gob. Otros serán tus sentimientos luego que hayas olvidado á ese page.

Mat. ¿Olvidar al page? Nunca.

Gob. Pues bien: te mando (*algo enfadado*) no vuelvas á hablarme de él.

Mat. Si os enfadais, no volveré mas á nombrarlo.

Gob. Asi lo espero.

Mat Pero ha de ser con condicion que tampoco me volvereis á hablar de vuestro general.

Gob Basta ya sobre eso. A otra cosa: has visto á Teodoro?

Mat. No señor: no ha ido al baile, á pesar de estar convidado.

Gob. El cuartel general se traspasa hoy á Friedberg. Dejará acaso mi sobrino á Schweidnitz sin despedirse de mi?

Mat No lo creo.

Gob. Pero quien viene?

Mat. Es Estoch.

ESCENA III.

DICHOS Y ESTOCH.

Est. Señor gobernador, vuestro sobrino acaba de llegar.

Gob. De el estábamos hablando.
Est. Viene conduciendo un preso.
Gob. Un oficial de la guardia conducir á un preso; debe de ser un personage distinguido.
Est. Es un edecan del Rey.
Gob. Oiga! Hacerlos entrar.
Est. Está muy bien. (*vase.*)
Gob. Tú, hija, éntrate en tu cuarto.
Mat. Pues que? no he de ver á mi prima?
Gob. Acaso tendrá que comunicarme alguna órden secreta. Déjanos, pues, un momento solos. Da si quieres una vuelta por el jardin, y dentro de un cuarto de hora podrás volver.
Mat. Está muy bien: hasta luego.
Vanse las dos.
Gob. A Dios.

ESCENA IV.

EL GOBERNADOR, CARLOS, TEODORO Y ESTOCH

Est. Aqui están el señor Teodoro y el nuevo preso.
Gob. Muy bien: déjanos solos. (*vase Estoch.*) Dios te guarde, Teodoro. Pensé que te marchabas sin venir á despedirte.
Teod. Mis ocupaciones no me han permitido venir antes; y cuando lo iba á egecutar, me hizo llamar el Rey para encargarme que os tragese al señor baron de Felchem, que ha tenido la desgracia de enojar á S.M. y que os presento como mi mayor amigo.
Gob. Señor baron, reconocedme por vuestro servidor.
Carl. Antes yo debo serlo vuestro.
Gob. Me alegro mucho de hacer vuestro conocimiento.

Carl. El vuestro me honra con estremo; pero si he de hablaros claro, no es aqui donde quisiera haberlo hecho.

Gob. (*á Teodoro*) Qué delito ha hecho el señor Baron para....?

Teod. Nada, una friolera.

Gob. Una friolera? Jamás castiga el Rey por frioleras.

Teod. Es verdad, pero tambien á veces se muestra demasiado severo. Todo sé reduce á que mi amigo ha pasado varias noches en el juego.

Gob. Y llamas eso una friolera? ese es un vicio que todo Rey debe castigar con la mayor severidad.

Teod Yo no lo niego; pero....

Gob. En fin, pues el señor es amigo tuyo, procuraré hacerle menos sensible en cuanto pueda la pérdida de su libertad.

Carl. Será escusado que os tomeis esa molestia; aunque soy de genio alegre, sin embargo, toda mi alegria me abandona en pensar que he decaido del concepto de S.M.: que mi detencion causará el mas vivo dolor en una madre á quien amo, y finalmente, que el egército prusiano va á cubrirse de laureles, sin poder participar de sus peligros ni su gloria. Se puede, señor gobernador, ser jóven y atolondrado, sin dejar de ser sensible al honor; y no mereceria yo militar bajo las banderas del gran Federico, si fuera sordo á este sentimiento sublime, que es el que solo puede producir los héroes.

Gob. Muy bien, amigo: ese modo de pensar os hace honor.

Teod. En fin, tio mio, es á su mayor amigo á quien el Rey confia la egecucion de la órden que

le priva de su libertad.

Gob. Convengo en que la comision no es muy agradable; pero eso prueba que el Rey te honra con su confianza.

Teod. Tal es el fin que me propongo en todas mis acciones.

Carl. Haya hipócrita. (*ap.*)

Gob. Tu buena conducta me encanta.

Teod. Ayer mismo mi coronel me propuso por modelo á todos los oficiales de mi cuerpo.

Carl. No he visto embustero igual. (*ap.*)

Gob. Mucho me alegro de ello. Pero á otra cosa: sin duda traerás alguna órden del Rey para que reciba al señor.

Teod. Aqui está. (*Se la da.*)

Gob. Oiga (*Despues de leerla.*) Una posdata de letra del Rey.

Carl. Sin duda os prescribirá que me trateis con rigor.

Gob. Nada de eso: no se trata de vos en esta posdata. (*enfadado*)

Teod. Qué mala cara pone! (*bajo á Cárlos*)

Gob. Con que tambien la carta comprehende á mi sobrino, (*ap. riéndose*) Ha, ha, ha: no ha sido mala la idea. Apesar del enfado que tengo, no puedo menos de reirme.

Teod. Debe ser muy gracioso lo que os escribe el Rey, pues os hace reir tanto.

Gob. Ciertamente que lo es. (*Con tono severo, y dándole el papel.*) Ahora lo vas á leer.

Teod. (*Lee.*) Tambien tendreis preso al teniente Teodoro de Armant, portador de esta órden.

Carl. Es posible! (*Toma la órden y la lee.*)

Teod. Esta si (*ap.*) que no la esperaba yo.

Carl. En efecto, eso dice. (*La vuelve al Gobern.*)

Gob. Con qué me estabais engañando, señor modelo de los oficiales de vuestro cuerpo? Tambien os haceis digno de que os encierren en una ciudadela! Muy bien, muy bien. Mas Schweidnitz, sabiendo que soy vuestro tio, debo corresponder á vuestra confianza y la suya, y os trataré con mas rigor que á nadie. Entregadme vuestra espada.

Teod. Mi espada?

Gob. Sin duda. Es uso entregar la espada cuando se entra preso en alguna ciudadela.

Teod. Como no conozco el uso de las ciudadelas, no es estraño que... Aqui está mi espada.

Carl. Y esta es la mia. (*La entrega.*)

Gob. Quién viene? ¿Eres tú, Estoch?

ESCENA V.

DICHOS Y ESTOCH.

Gob. Qué quieres?

Est. Un antiguo Alferez de húsares quiere hablaros de órden del Rey.

Carl. Si será Brant?

Gob. Que entre.

Est. Compañero, entra aqui.

ESCENA VI.

DICHOS Y BRANT.

Brant. Adonde está? adonde está? (*Al entrar.*)

Carl. y Teod. Es Brant. (*corre á abrazarle.*)

Carl. Amigo!

Bran. Querido Cárlos! Vos habeis de perdonar,

señor gobernador, pues al entrar solo he visto á mi Cárlos, y la alegría... el placer de reunirme á él... Bien puede uno ser un tigre en el campo de batalla, pero no por eso se deja de tener buen corazon.

Gob. Esa sensibilidad hace vuestro mayor elogio.

Brant. Lo mismo me ha dicho el Rey esta mañana.

Est. Qué hueco se pone! (*ap.*)

Gob. Luego en virtud de alguna órden suya venís á esta ciudadela?

Bran. Si señor, y aqui la teneis. (*entrega la órden.*)

Carl. Nos traeis nuestro perdon?

Bran No me ha sido posible conseguirlo, voto á bros: pero vengo á haceros compañía.

Teod. Vienes preso como nosotros?

Brant. Pues qué vos tambien?....

Teod. Tambien lo estoy, amigo.

Brant No, pues yo estoy libre.

Gob. Es el nombramiento de alcaide. (*Despues de leerla.*

Est Para mí?

Gob. No, para el señor.

Est. Llevóse el diablo el empleo.

Brant Lo pretendias tú?

Est. Cierto.

Brant. Pues bien, consuélate: lo tendrás luego que el baron salga de aqui. El Rey me lo ha dado con órden de velar sobre la conducta de ese jóven, y espero que no estaremos mucho en este sitio.

Est. Si es asi paciencia.

Brant. Hombre, no te aflijas por eso Yo te prometo mi proteccion; pues has de saber que yo; si, ya, mírame; yo y el gran Federico somos uña y carne; y al dejar el empleo, le pediré te nombre en mi lugar.

Est Te doy infinitas gracias.

Gob E toch, toma esas espadas: llévalas á mi cuarto, y espérame allí.

Est Está muy bien, señor gobernador. Cuenta con cumplirme la palabra; y no estés mucho tiempo aquí, porque tu empleo me conviene. (*á Brant*)

ESCENA VII.

DICHOS, MATILDE Y CRETLA.

Mat (*al entrar.*) Ya pasó el cuarto de hora. Padre, se puede ya entrar?

Cret. (*lo mismo.*) No me es posible detenerla.

Gob Sí, hija, ya puedes.

Carl. Qué es lo que veo! (*ap. reconociendo á Mat.*)

Mat Dios te guarde, primo.

Gob. Puedes darle la enhorabuena, que tambien viene preso como el señor.

Mat Dios mio... Es él...! (*A media voz reconociendo a Carlos*)

Teod. No te decia yo (*ap. á Carlos viendo su turbacion y la de Matilde*) que mi prima te haria olvidar a tu hermosa incógnita?

Carl. (*ap. á Teodoro.*) Amigo mio, si es ella.

Teod. Ella!

Gob Matilde, qué te ha dado?

Mat. Me ha sobrecogido la noticia de la prision de mi primo.

Gob Eso es lo que tiene ser un calavera. Pero, señores, como no tengo órden de encerraros, tendreis la ciudadela por cárcel: voy á mandar que os preparen una habitacion cómoda y decente.

Carl. Acepto vuestras ofertas con mas viva gratitud: solo en vuestra casa podia hallar alivio á

mis desgracias. Encierra tantos atractivos....

Gob. Como es eso?

Carl. Decia que el atractivo de vuestra conversacion hará menos desagradable mi detencion en esta ciudadela.

Gob. Me gusta que la gente se acomode con su suerte. Si deseais tomar algun descanso, podeis venir a mi cuarto.

Carl. Con mucho gusto.

Gob. Ven, Matilde.

Carl. Ah! señor gobernador: un padre jamás da la mano á su hija, sino cuando está solo. Perdonad..

Gob. Teneis razon. Ya os cedo el puesto.... Con cuidado.

Carlos presenta la mano á Matilde, que la acepta con una sonrisa de satisfaccion.

ESCENA VIII.

BRANT SOLO

Brant. Mi señorito parece que se ingenia. No tardara él mucho en hacer amistades con la señora Matilde. Ya le veo desde aqui armar alguna intriga amorosa... y.. hará bien: está en la edad... y sobre todo, en algo ha de pasar el tiempo de su prision. Asi se le hará menos rigorosa, y quizas olvidará á aquella maldita incógnita, que le trae vuelto el juicio. No, pues la niña tiene todo lo que se requiere para eso, es bonita como un angel! El señor Carlos la echaba unas miradas!.. todo eso está muy bien; pero lo que nos importa es salir pronto de aqui; cada vez que pienso en que el egército orusiano marcha contra el enemigo, y que el Baron no se hallará en la accion ni yo tampoco, me llevan dos mil demonios: pero digo, no es el que vie-

ne corriendo por allá? qué es lo que tendrá?

ESCENA IX.

DICHO Y CARLOS.

Carl. Vengo en busca tuya para participarte mi dicha.

Brant. De que se trata?

Carl. Lo creerás, amigo? La amable Matilde es esa bella incógnita de quien te he hablado tantas veces....

Brant. De veras?

Carl. Lo que oyes. Ahora agradezco al Rey el haberme enviado preso á esta ciudadela Habrá dicha igual á la mia! quiero permanecer aqui toda mi vida.

Brant Moderaos, señor baron, y advertid que si el gobernador llega á oiros algo, habra funcion y no conseguireis nada Lo que debeis hacer es procurar con vuestra conducta grangearos su amistad y su aprecio: lejos de querer permanecer aqui toda vuestra vida, obtened cuanto antes vuestro perdon, marchad al campo del honor, y luego que os hayais cubierto de gloria por vuestras hazañas, os será facil conseguir vuestra querida.

Carl. No; tus consejos son incompatibles con la vivacidad de mi genio: por lo menos quiero que su hermosa boca me pronuncie aquella encantadora declaracion á que todo amante aspira; pero desde que estoy aqui, el gobernador parece se ha empeñado en no apartarse ni un solo instante de su lado.

Brant. Teneis mas que alejarle?

Carl. Todo te sirve de burla, hasta las cosas mas serias Si pudiera hablarla ... Mas que gente es esta?

Brant. Es Estoch, acompañado de muchas gentes con flores en las manos.

Carl. Qué será?

Brant. El mismo nos lo dirá.

ESCENA X.

DICHOS ESTOCH, Y ALDEANOS DE AMBOS SEXOS. Estoch seguido de los bailarines, que llevan todos ramos en las manos, y se colocan en el fondo del teatro.

Est. Muy bien, amigos, aguardad un momento.

Brant. Camarada Estoch, para qué son tantos ramos y tanta gente?

Est. Es para celebrar el cumple años de la señorita.

Brant y Carl. Es cumple años! (*Carlos toma el ramo á uno de los bailarines, lo divide y da una parte á Brant; la otra la deja al bailarin, y se queda solo con una rosa.*

Carl. Toma, amigo Brant, estas flores obsequiemos con ellas á la hermosa Matilde, que tanto lo merece.

Estoch. Muy bien, mis capitan. Amigos, (*á los bailarines*) haced todos vuestros esfuerzos para portaros de un modo que agrade al Gobernador y á su hija: mas aquí vienen los dos.

ESCENA XI.

Dichos, Gobernador, Matilde, Cretla y Teodoro. Matilde es conducida por su padre. Carlos, Brant

y los bailarines la presentan sus ramos: ella muestra alguna preferencia por la rosa de Carlos.

Mat. ¿Os dignais, padre mio, recordaros el cumpleaños de vuestra hija?

Gob. ¿Como he de olvidar las épocas mas gratas á mi corazon?

Mat. ¡Que amable sois! No hiciera mas un amante.

Car. No señora; pero pudiera al menos imitarle.

Gob. Ven, hija mia, á colocarte en tu puesto para ver la pequeña funcion que te está preparada.

El Gobernador, Matilde, Carlos y Teodoro se sientan en el banco de la derecha. Brant y Cretla se sientan en el de la izquierda, y se egecutan varias danzas.

Gob. Os doy gracias, amigos, por el obsequio que haceis á mi hija.

Estoch se habrá ido de la escena durante el baile, y sale con este aviso.

Est. Señor Gobernador: un correo os está esperando para comunicaros una órden del Rey.

Gob. Allí voy. Amigos, siento no poder estar con vosotros mas tiempo. El deber me llama á otra parte. Entrad en el jardin, donde os espera una buena comida: entregaos á toda la alegría que puede y debe inspiraros un dia tan feliz. Tu, hija, puedes permanecer aqui, pues pronto estaré de vuelta. Tú (*á Estoch*) sígueme.

Los bailarines entran en el jardin y el GOBERNADOR *con* ESTOCH *en su casa.*

ESCENA XII.

MATILDE, CARLOS, TEODORO, BRANT, Y CRETLA.

Car. Adorable Matilde, llegó por fin el suspirado

instante de poderos hablar con libertad. Yo os amo, y desde el dia que os vi la primera vez, os hice dueña de mi corazon: ¿mas podré esperar el ser correspondido?

Mat. Mirad, señor Carlos, que no exigís de mí nada menos que una declaracion.

Cret. Pero señor, ¿que es esto en mi presencia?

Carl. Si, adorable Matilde: confirmen vuestros labios lo que acaso me atrevo á leer en vuestros ojos. Hablad; yo os lo ruego. Con una sola palabra haceis la felicidad del mas tierno de los amantes. Si le amais, su prision se transformará en una mansion de delicias.

Mat. (*aparte á Cretla*) ¿Lo oyes, Cretla? Su prision será para él una mansion de delicias.

Cret. No lo creais.

TEODORO *se acerca á ellas para escucharlas.*

Mat. (*aparte á Cretla*) ¿Quieres que haga la declaracion que me pide con tanta gracia?

Cret. Guardaos bien de eso, señorita.

Teod. Vamos, permita; sigue los impulsos de tu corazon. Yo respondo por mi amigo.

Mat. Buen fiador por cierto.

Carl. ¿Me negareis la gracia que os pido?

Mat. No, Carlos: en vano pretenderia ocultar los sentimientos de mi corazon, que me habeis inspirado. Mas es preciso que mi padre los apruebe: procurad agradarle, y conseguir de él que Matilde sea vuestra esposa.

Cret. ¿Como, señorita, olvidais....?

Carl. ¡Ah! Animado con halagüeñas esperanzas, ¿que obstáculo será capaz de arredrarme? (*Fuera de sí, arrojándose á los pies de Matilde.*) Jaré á vuestros pies amaros eternamente.

Cret. Qué es lo que haceis, atrevido?

ESCENA XIII.

DICHOS, GOBERNADOR Y ESTOCK.

Gob. Muy bien, señor Baron.

Mat. Mi padre! }
Carl. Cielos! }
Teod. Mi tio! } *Juntos.*
Cret. El gobernador! }
Brant El le cogido

Gob Os esplicais lindamente. ¿Y permitís esto, Cretla?

Cret. Si hace una hora que estoy dando gritos, y no quieren hacer caso.

Carl Dignaos atenderme, señor gobernador. Mis intenciones son puras: adoro á vuestra hija: soy vasallo del Rey, que tiene en grande aprecio...

Gob. Vuestra presencia aquí lo acredita muy bien.

Brant Voto á brios. Parece que se está burlando. (*ap.*)

Carl Dignaos aprobar mi amor.

Gob No lo espereis.

Brant. La respuesta es lacónica. (*ap.*)

Carl Y qué razon?

Gob. Qué razon? Os parece que aunque no tuviera ya algunas miras sobre mi hija, fuera prudente dar su mano a una calavera? ..

Carl Señor...!

Gob. Si señor; un calavera, cuyo corazon se inflama tan pronto como el vuestro.

Carl. Y por qué no? Ese calavera, pues asi quereis llamarle sabe apreciar las gracias y las virtudes; y ademas puede esperar por su clase y conducta...

Gob. Vuestra conducta! Sin duda os habeis olvidado que estais preso.

Carl. Ah! Si no fuera el padre de Matilde...! (*ap.*)

Gob. Ademas, debeis saber que destino mi hija á un general ...

Car. Que no la agradará.

Gob. Eso es lo que vos no sabeis. Sobre todo, Matilde, que jamas casará contra su voluntad, no quiere al general, y solo dará su mano á un militar que se haya distinguido en la defensa de su patria. Y como miéntras permanezcais aqui no hareis grandes hazañas, no debeis esperar ser esposo de mi hija.

Mat. Sin duda revocareis, padre mio, una sentencia tan cruel. No siempre estará el señor Carlos preso, y estoy cierta de que un dia sus hazañas no solamente escitarán vuestra admiracion, sino que os obligarán á condescender con sus deseos y los mios.

Gob. Esa es otra! Hace dos meses que no cesas de hablarme á todas horas de tu jóven page, y das actualmente oidos á las protestaciones de amor que te hace el señor!

Mat. Es que el señor precisamente es ese jóven page.

Gob. Oigo! Con que el señor es ese page?

Bran. Sí, señor gobernador; y es digno de vuestra alianza.

Gob. Así os parece, señor alcaide?

Brant. Y mucho que me parece. Solo hace quince dias que el Rey se ha nombrado su edecan.

Gob. Con que el señor es ese page? Pues bien. Señor baron: como segun las órdenes de S. M. que acabo de recibir, tengo que marchar inmediatamente á reunirme al egército con el regimiento de Húsares que está de guarnicion en esta ciudadela, no tendreis á mal que os prohiba, durante mi ausencia, la entrada en mi habitacion.

Ireis con Teodoro á una parte del castillo independiente de este. O- prevengo que haré observar de cerca vuestros pasos todos, y que si me desobedeceis, á mi vuelta....

Car. Es escusado que prosigais

Gob Estoch y tu, Brant, seguidme á mi cuarto, adonde tengo que daros ó deneis á cada uno. A vos (*á Brant*) relativas á las obligaciones de vuestro cargo: y á ti (*á Estoch*) concernientes á la marcha del regimiento. Sígueme, Matilde.

Brant (*al oido á Carlos*) Bien empleado está, pues no habeis querido seguir mis consejos.

ESCENA XIV.

CARLOS Y TEODORO.

Car. Qué desgraciado soy! Si siguiese los impulsos de mi cólera, habia de poner fuego á esta fortaleza.

Teod. Siempre te acaloras demasiado Tambien ha sido imprudencia el arrojarse á los pies de mi prima en un parage tan público como este.

Car. Di todo lo que tu quieras; pero mientras esté aquí preso, perdido las ocasiones de hacerme digno del objeto á quien amo.

Teod Y qué hemos de hacer?

Car Escribamos al Rey: echémosle memorial sobre memorial. Tal vez á fuerza de ostigarle conseguiremos algo.

Teod. Pues bien, escribámosle.

Car. Veinte veces al dia si es preciso.

Teod. Pintémosle nuestro dolor, nuestro arrepentimiento....

Car. Veremos si tiene un corazon bastante duro para resistir á los ruegos de dos jóvenes tan

amantes de la gloria. Pero en qué piensas?

Teod. Me ocurre una escelente idea.

Car. Cuál?

Teod. Salgamos de la ciudadela; reunámonos al egército; y por una accion gloriosa alcancemos el perdon.

Car. Dices bien: eso produciria mas efecto que todos nuestros memoriales. Mas cuando el Rey llegue á saber nuestra fuga, se pondrá furioso.

Teod. Aparta esos temores. Ten mayor confianza en tu suerte: en estos lances siempre es preciso aventurar algo.

Car. Pues bien, aventuremos.

Teod. Hallémonos en la batalla que se ha de dar mañana; y para distinguirnos mas, busquemos el puesto mas peligroso.

Car. Esto es, y muramos ántes que....

Teod. No tal, no muramos: no te acalores, hombre.

Car. Bueno: mas como saldremos de la ciudadela!

Teod. Ahí está la dificultad; y es justamente lo que yo no pensaba.

Car. Pues es preciso hallar un medio cuanto ántes, pues ya se va acercando la noche.

Viene la noche gradualmente.

Teo. Hagamos entrar á Brant en nuestro proyecto.

Car. No tienes que contar con él: veras como se opone.

Teod. Pues de ese modo, no sé qué arbitrio tomar.

Estoch sale de casa del Gobernador y Teodoro lo ve, y esclama

Ya estamos fuera.

Car. Esplícate.

Teod. Déjame hacer.

ESCENA XV.

Dichos y Estoch.

Est. Aun estais aqui, señores? El gobernador está furioso. Mucho me alegro ahora no ser el alcaide.

Teod. Y por qué?

Est. En primer lugar, porque no tendria el gusto de ir á pelear. Y en segundo, porque sentiria ser el egecutor de las órdenes rigorosas que acaba de dar el gobernador.

Car. Cuales son?

Est. De encerraros en una torre; y vuestro amigo Briant se ha encargado de la comision.

Car. No lo hará.

Est. Si lo hace; pues teme alguna escapatoria de parte vuestra, y quiere corresponder á la confianza con que le ha honrado el Rey.

Teod. Y adonde es ahora?

Est. Haciendo preparar vuestra habitacion.

Teod. Con que se vas á marchar al egército con tu escuadron?

Est. Inmediatamente, mas luego de la batalla, volveré aqui sin detenerme. Tal es la órden del Rey, que el señor gobernador acaba de comunicarme.

Teod. Todo se dispone á medida de mi *ap* deseo. Eres un buen muchacho.

Est. Por lo menos un buen viejo lo soy.

Teod. Es preciso que á Carlos y á mi nos hagas un favor.

Car. Ya comprendo su intencion. (*ap*)

Est. Con mucho gusto. Señor oficial, que teneis que mandarme?

Teod. Como estamos aqui presos, no podemos hallarnos en la batalla que se va á dar, y esto

nos desespera. Si pudieras proporcionarnos medios para salir de la ciudadela.

Est. Siento no poder serviros, porque no tengo ganas de hacerme meter en un calabozo por el resto de mis dias: con que así, con vuestro permiso. (*Hace que se va.*)

Teod. (*deteniéndole*) Aguarda. Voy á probarte que nos puedes ser útil, sin comprometerte en nada. En primer lugar, danos á cada uno un uniforme, un caballo y armas. Sin duda tendrás alguna gente enferma?

Est. No falta.

Teod. Nosotros la reemplazaremos.

Est. Y los otros compañeros os reconocerán y hablarán.

Teod. Los haremos beber.

Est. Y cuando se bebe no se habla: claro está. No, no, en vano lo pretendeis: no me es posible consentir.

Car. Te lo pedimos por favor.

Teod. Nuestro único objeto es volvernos á congraciar con nuestro soberano.

Car. Y hacerme digno de una amante adorada.

Teod. A ti deberemos toda la gloria de que nos vamos á cubrir.

Car. Y por consiguiente participas de ella.

Teod. Se nos presenta la ocasion de hacer una brillante hazaña.

Car. Y la aprovechamos al momento.

Teod. Figúrate que estamos en la accion: la victoria depende solo de la derrota de una division enemiga.

Bar. Federico manda atacarlas: elige para ello sus mejores tropas....

Teod. Tu escuadron marcha el primero: penetra-

mos en ese terrible batallon: llevamos la muerte á todas partes; y todo cede á nuestros esfuerzos...

Car La victoria se nos debe, y nos cubrimos de gloria....

Teod El Rey quiere saber quienes somos: te nombramos á ti el primero....

Car Te carga de honores, riquezas y recompensas.

Teod. En cuanto á nosotros, volvemos á nuestro encierro

Car. Federico, en fin, llega á saber que hemos seguido tu egemplo. Admira nuestro valor y nuestra sumision, y nos vuelve á su gracia.

Teod. Los nombres de Estoch, Carlos y Teodoro resuenan de boca en boca, y....

Estoc. Y todo eso puede suceder ni mas ni ménos como lo dicen... Pero despues de la batalla, volvereis á la ciudadela?

Los dos. Lo juramos.

Est Y si os matan?

Car Entónces...

Teod. Entónces no necesitamos volver á la ciudadela.

Estoc. Por supuesto.

Car. Si; pero nadie sabrá que eres tú quien nos ha proporcionado los medios de escaparnos.

Teod Te decides en fin?

Est Fuerza será ceder. No fuera una àstima privar al Rey de dos militares que sabrán portarse con tanto valor en la batalla? Esto es hecho: me seguireis?

Teod (*abrazándole.*) Tu nos vuelves la vida.

Car Como manifestarte nuestra gratitud?

Est. Por lo menos no sera ahogarme como lo estais haciendo. (*Se oye el tambor.*) Esta es la señal

de la marcha: seguidme, y os daré todo lo que necesitais.

Trod. Marchemos.

Car. Marchemos. El honor y la gloria nos conducen.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un campamento. A la izquierda una casa.

ESCENA I.

ESTOCH solo. *Se oyen algunos cañonazos.*

Est. Qué música tan hermosa! Ella celebra la gran victoria que ha ganado Federico en las llanuras de Friedberg, y anuncia á los habitantes de estos contornos que ese heroe acaba de cubrirse de nuevos laureles. Bebamos pues á la salud del vencedor, y celebremos tambien por nuestra parte tan memorable victoria. (*Mientras bebe se oyen cañonazos.*) Pero donde estarán los señores Carlos y Teodoro? Al primer choque nuestro escuadron fué completamente derrotado, y no les he vuelto á ver. Sin duda ignoran que el gran Federico está instruido de su fuga, y muy enojado contra ellos. Pero qué hombre es aquel? Es Brant. Callémosle lo que ha sucedido con sus amigos; pues el señor Carlos me recomendó el secreto, y mas con él que con ninguno.

ESCENA II.

DICHO Y BRANT.

Brant. Gracias á Dios, que hallé al fin una persona conocida!

Est. Eres tú, Brant? Qué vienes á hacer aqui?

Brant. Vengo á hablar con el Gobernador: donde está su alojamiento?

Est. En esa casa, pero ha salido.

Brant. Y donde está?

Est. No muy lejos de aqui, en el castillo de Friedberg.

Brant. Voy allá.

Est. No podrás hablarle.

Brant. Porqué?

Est. Porque está con el Rey y sus generales examinando la causa de un oficial, que por su descuido espuso la vida del gran Federico.

Brant. Ha ocurrido algun peligro?

Estòc. Y muy grande. Sabiendo el enemigo que debíamos presentarle al amanecer la batalla, quiso adelantarse, atacándonos à la una de la noche. Felizmente estábamos prevenidos, y le atacamos con valor; pero un regimiento suyo, favorecido de la obscuridad, logró penetrar hasta este sitio, apoderándose de un puesto que estaba á cargo de ese oficial: el Rey, que á la sazon se hallaba en esa casa, dando las órdenes convenientes, apenas tuvo tiempo para montar á caballo y salir seguido de sus guardias que pelearon como unos tigres

Brant. Ah! Quien se hubiera hallado...! Continua, amigo.

Est. Sin embargo, á pesar de sus esfuerzos, no pudieron impedir que en el primer momento de la sorpresa veinte soldados rodeasen al Rey.

Brant. Ahi mil bombas!

Est. Indudablemente nuestro gran Federico hubiera caido muerto, ó prisionero, á no ser por dos valientes húsares de no sé qué regimiento, que con la velocidad de un rayo se abren paso por entre el enemigo, llegan al Rey, le cubren con sus cuerpos, y dan la muerte á cuantos se atreven á acercarse. De este modo dieron lugar á que viniesen tropas en socorro del Monarca, y el batallon fué en un momento pasado todo á cuchillo.

Brant. Viva! Me encanta la accion de esos dos húsares.

Est. Tambien me han dicho que el gran Federico, prendado de su valor, se quitó la banda, y les dijo: Valientes húsares, sois mis libertadores, y os debo la vida; mas ahora solo tengo tiempo para manifestaros mi gratitud y satisfaccion: la obscuridad no me deja ver vuestras facciones: tomad esta banda: ella servirá para haceros conocer cuando me la entregueis despues de la batalla. Hasta entónces discurrid el premio que os convenga mejor. Pedídmelo, y al momento os lo concederé.

Brant. Ah! si hubiesen por lo menos hecho otro tanto mis jóvenes calaveras!

Est. Qué jóvenes? (*Haciéndose desentendido.*)

Bran. Carlos y Teodoro: se han escapado del castillo, y están aqui.

Estoc. En efecto, no se habla de otra cosa en todo el egército.... Pero ¡ellos son! (*ap.*)

Carlos y Teodoro aparecen en el fondo del teatro. Reconocen á Brant, y se retiran á un bastidor, al hacerles Estoch una seña. Estarán vestidos de húsares, grandes bigotes postizos, y

el chacó caido sobre los ojos para no ser conocidos.

ESCENA III.

DICHOS, CARLOS Y TEODORO *ocultos.*

Brant. No lo estraño; pues habiéndolos buscado en vano el oficial encargado del mando de la ciudadela en ausencia del Gobernador, envió inmediatamente al Rey la noticia de su fuga.

Est. Y quién te ha dicho que están aquí?

Brant. Lo sé por un billete que antes de su partida escribió Carlos á la hija del Gobernador.

Est. Qué imprudencia!

Brant. En él la anuncia que corre al egército para buscar ocasion de distinguirse, y merecer la mano de su amante. Esta falta la ha llenado de tanta inquietud, que no estrañaré verla echarse á los pies del Rey, é implorar la gracia de Carlos. Por lo menos, tal era su intencion cuando salí.

Est. Procuraremos alejarle. (*ap.*) No tengas cuidado: todo se compondrá mejor de lo que piensas.

Brant. Lo dudo: y se sabe el castigo que se les prepara?

Est. No; pero el Gobernador estará sin duda informado de ello, y podrá decírtelo.

Brant. Pues voy á verle.

Est. Harás bien.

Brant. Pues á Dios.

ESCENA IV.

CARLOS *y* TEODORO, *que salen de donde estaban ocultos, y* ESTOCK.

Carl. Mucho temí que me viese.

Est. Ya le habeis oido: está furioso contra vosotros.

Carl Pronto se calmará su enojo.

Est. Adonde diablos habeis estado?

Teod. Despues de la derrota de tu escuadron, nos agregamos al cuerpo de caballeria encargado de perseguir al enemigo y obligarlo á pasar el rio.

Est. Habeis tenido ocasion de distinguiros?

Carl. Hemos tenido la dicha de coger cada uno una bandera á un regimiento que intentó resistirnos.

Est. Perfectamente, señores.

Teod. Pero hemos sido conocidos por el gefe que nos mandaba, al tiempo de entregarlas; pues notamos que nos examinaba mucho, y al retirarnos oimos pronunciar nuestros nombres.

Estoc. Tanto mejor. Tal vez eso aplacará la ira del Rey.

Teod. Pues qué, sabe nuestra fuga?

Est. Sin duda.

Car. Y qué importa? Tarde ó temprano ha de saberla; y sobre todo, como pudiéramos ocultársela al entregarle su banda?

Est. Como su banda!

Car. Mírala. (*enseñándola.*)

Est. Es posible! Sois vos los que habeis salvado esta noche la vida de nuestro Soberano?

Teod. Nosotros mismos.

Est. O valientes jóvenes! Cuánto me alegro ahora haberos procurado los medios de ejecutar una accion gloriosa! Pero tengo una queja de vosotros.

Teod. Cual?

Est. No me habiais prometido hacerme partícipe de vuestros peligros y de vuestra gloria?

Car. Si; pero nuestra fortuna nos ha llevado adelante.

Est. Y la mia me ha dejado atràs.... Pero no os tengo envidia.... Mas necesidad teneis de distinguiros que yo. Ahora, amigos, daos prisa á volveros á la ciudadela.

Car. Nosotros?

Est. Si por cierto: no me disteis palabra de hacerlo asi?

Car. Es verdad, pero....

Est. No hay pero que valga. Si habeis de obtener vuestro perdon, ha de ser desde allà y no aqui. Volveos, pues, y haced ver por esa accion á Federico, que si vuestro amor por la gloria os ha hecho culpables, no fué con intencion de libertaros del castigo que os habia impuesto.

Teod. Soy del mismo parecer.

Car. Vamos, pues: pero no digas á nadie que la Prusia nos debe la conservacion de su Rey.

Est. Ni siquiera á Brant?

Car. Menos á él que á otro.

Est. Esa hazaña, sin embargo, le causaria un gran placer.

Car. Si; pero se exaltaria demasiado, no sabria contenerse, y lo echaría todo á perder por un efecto de precipitacion.

Est. Teneis razon, mi capitan. Marchaos, pues, y fiaos de mi.

Car. Pues á Dios.

ESCENA V.

ESTOCH *solo.*

Est. Su brillante hazaña recibirá sin duda el premio que merece. Mas ya era tiempo de que se retirasen, pues allí viene Brant.

ESCENA VI.

Dicho y BRANT.

Brant. Es imposible ver ni hablar al Gobernador. Vive Dios, que estoy atormentado de mil inquietudes! Nadie en el ejército sabe dar razon de Carlos. Sin duda, queriendo distinguirse, habrá perecido en la pelea.

Est. No tengas ideas tan melancólicas.

Brant Y dado caso que haya escapado á los azares de la guerra, ¿cual es la suerte que te espera? ¿No saben que nuestra ley condenan á una prision perpétua á todo militar culpable de una falta como la suya?

Est. Tal vez hallarán medios de evitar su castigo.

Brant. Y de que modo? Desertando? Mas quisiera (voto á brios!) verle muerto por una bala de á veinte y cuatro... Pero él es incapaz de semejante vileza. Yo por mi parte ya he tomado mi partido. Si dentro de veinte y cuatro horas no tengo noticia de mi Carlos, mis pistolas me darán un pasaporte para el otro mundo.

Est. Este pobre (*ap.*) me causa compasion: demos algun alivio á su dolor.

Coge á Brant por el brazo, y al tiempo de hablar lo lleva al otro lado del teatro, mirando si alguno lo escucha.

Brant. Acabarás de hacerme pasear?
Est. Escúchame.
Brant. Ya escucho: nadie nos oye: habla.
Est. Carlos está bueno y sano.
Brant. Con que sabes donde está?
Est. Si.
Brant. En fin respiro. *(Suspirando).*
Est. Pero cuidado de despegar tu pico sobre lo que te voy á decir.
Brant No tengas miedo: vamos, dí donde está.
Est. El y Teodoro están ahora caminando hácia la ciudadela.
Brant. De ese modo, los has visto.
Est. Si: han estado aqui, mientras fuiste á ver el Gobernador.
Brant. Voto á brios! Si lo hubiera sabido! Pero ¿quien les dió medios de escaparse?
Est. No lo sé.
Brant. Con que no lo sabes? Y cual es su objeto volviendo al castillo?
Est. Dar al Rey una prueba de su sumision.
Brant. Muy bien hecho.
Est. No vas á verlos?
Brant. No por cierto. Aqui me quedo para solicitar su gracia.... Pero ¿que coche es ese?
Est. Es del Gobernador.
Bran Y es mi señora Matilde la que baja de él. Ya nos ha visto, y se encamina hacia aqui con Cretla. ¿No dije yo que la inquietud le haria salir de la ciudadela?
Est. Pues el Gobernador viene hácia aqui tambien por el otro lado.
Brant. Qué dirá al ver á su hija en el campamento de Friedberg?

ESCENA VII.

Dichos, el GOBERNADOR, MATILDE *y* CRETLA, *que entran por diferentes lados.*

Gob. Tu aqui, Matilde?

Mat Si padre mio. Se hablaba en Schweidnitz de que Federico acaba de conseguir una gran victoria, y temiendo que los laureles estuviesen teñidos con la sangre de lo que mas amo en este mundo, he venido aqui para disipar mis inquietudes. Pero gracias á Dios, os veo libre de los peligros de la guerra, y nada tengo que desear.

Gob. Nada tienes que desear? Es verdad eso? Por qué te apartas de la franqueza que siempre has tenido conmigo? Conozco cuanto me amas, y no dudo de que mi suerte te causaria las mas vivas inquietudes: ¿mas soy yo el solo objeto que guia aqui tus pasos?

Mat. Padre mio....!

Gob. Esa tristeza, que abate tu semblante, me prueba todo lo contrario; y vos, Cretla, debierais haberos opuesto á un viage tan fuera de razon.

Cret. Pero, señor, sino hay medios de detenerla.

Mat. Yo sola merezco vuestras reconvenciones: la he obligado á que me siguiese. Vuestros dias, los de mi primo, y tambien los de su amigo han motivado este paso que desaprobais.

Gob. Quieres, pues, ser testigo de su pérdida?

Todos. De su pérdida!

Gob. Acaban de ser arrestados á la salida del campamento, conducidos al cuartel general, y citados ante su consejo de guerra, presidido por el ayudante general Deherlein.

Mat. Cielos!

Est. Eso era lo que yo temia. *(ap.)*

Brant. ¿Y no habeis tomado su defensa?

Gob. En vano he hablado al Rey por mi sobrino.

Brant. ¿Y en favor del Baron?

Gob. Vuestro Baron bien merece su suerte. Sus perniciosos consejos y su egemplo son la causa de la desgracia de Teodoro.

Brant. Bien pudiera ser al reves. Pero yo me mostraré mas generoso que vos: voy al consejo de guerra á defender á los dos, y si no puedo conseguir su perdon, vos solo sereis á quien yo culpe la pérdida de mi Carlos. Vos habeis despreciado sus ruegos: habeis exaltado su cabeza: y en fin, vos le habeis obligado en cierto modo á escaparse, diciéndole que la mano de vuestra hija solo sería el premio del valor. En una palabra, señor Gobernador, os habeis portado muy mal con él.

Gob. Brant!

Bran. Como se entiende! No querer admitir por yerno á todo un baron de Felchein, á un edecan del Rey, y á un descendiente de Witkind! Es preciso (¡voto á brios!) haber perdido el juicio.

Gob. A quien se dirige ese discurso?

Brant. A vos: claro está: á vos. Yo no me muerdo la lengua, porque seais gobernador. Mayores claridades le dije á Federico, y me parece que vale mas que vos. Pero quedaos con Dios: voy á defender esta importante causa: y juro que sino la gano, antes que se ejecute la sentencia, me hará el Rey pasar por la cabeza una docena de balas. A Dios.

ESCENA XV.

Dichos, menos BRANT.

Mat. Unamos, pues, nuestros esfuerzos á los de ese valiente militar.

Gob. No me hables nunca de ese Brant. Me ha irritado tanto su osadia, que estoy por mandarle prender.

Mat. Su amistad por Carlos es su único crímen. Olvidad, pues, su ofensa, y pensemos sobre los que necesitan nuestra asistencia. Sabed que soy la causa de la culpa de Carlos: antes de su partida me dijo que iba á buscar la ocasion de merecerme.

Gob. Como! A pesar de mi precaucion ha logrado penetrar.... ?

Mat No, padre mio: lo sé por un billete que me escribió al tiempo de marcharse. Al momento conoci todo el peligro á que la esponia una accion tan imprudente. El amor me manda correr á su defensa. Venid, pues, querido padre: venid á solicitar el perdon de esos desgraciados jóvenes. Venid á implorar conmigo la clemencia de Federico.

Gob. No tardarás mucho en verle: ha ido á visitar el campo de batalla, y debe pasar por esta parte del campamento antes de llegar al cuartel general.... Mas ya le veo, seguido de su estado mayor. Hija, yo os prohibo que solicitéis por otro mas que Teodoro.

Mat. Como podré obedeceros?

ESCENA IX.

Dichos, el REY, *oficiales generales, edecanes, húsares y soldados. Antes de la llegada del* REY *dos partidas guarnecen el teatro.*

Rey. Sois vos, señor Gobernador? Estabais en-

cargado de indagar la causa de no haberse presentado los dos húsares que me han defendido con tanto valor y fortaleza: habeis averiguado algo?

Gob. Nada absolutamente: me inclino á creer que se hallarán en el número de los que han terminado gloriosamente su carrera.

Rey. Mucho lo sentiria.

Gob. Tengo el honor de presentar á V. M. mi hija.

Rey Dios os guarde, señorita.

Mat. Señor: tengo por una grande dicha poder felicitar á V. M por la brillante victoria que habeis ganado en los campos de Friedberg.

Rey. Muchas gracias: pero que ruido es ese?

Gob. Es Brant.

Rey. Brant está aqui?

Mat. Que noticias traerá Dios mio!

Gob. Ya llega.

ESCENA X.

DICHOS *y* BRANT.

Brant. Llegué ya tarde: el golpe estaba dado.

Mat. Que decis?

Brant. No mas Carlos, no mas Teodoro.

Gob. Cielos!
Mat Yo tiemblo!
Est. Que es lo que dice?
} *Juntos.*

Brant. Estan condenados á una prision perpétua.

Mat. Yo fallezco. (*Cae en los brazos de Cretla.*)

Cret. Pobre Matilde!

Gob. Desgraciado Teodoro!

Est. (*ap.*) Si se habrán dejado sentenciar sin decir que salvaron al Rey?

Brant. Pobre Carlos!

Rey. (*á Brant*). Que vienes á hacer aqui?

Brant. Vengo á implorar vuestra clemencia en favor de Carlos y Teodoro.

Rey. No te habia mandado que los celases de cerca?

Brant. Es verdad, Señor: y aunque las obligaciones de mi empleo no me permitian estar siempre con ellos, yo solo tengo la culpa de su fuga. Yo solo merezco ser castigado.

Rey. Lo serás.

Brant. Enhorabuena.

Rey. Y acabarás tus dias con Carlos en las cárceles de Spandau.

ESCENA XI.

DICHOS *y* DEHERLEIN.

Deh. Tengo el honor (*presentando al Rey la sentencia*) de presentar á V. M. la sentencia que el consejo de guerra acaba de pronunciar contra...

Rey. (*tomándola*) Está bien: la firmaré cuando llegue al cuartel general.

Brant. No señor, no la firmareis.

Rey Y quien me lo impedirá?

Brant. La amistad que teneis por mi Baron.

Rey. Cuanto mas le amo, tanto mas severo debo mostrarme con él.

Brant. Séalo V. M. enhorabuena: mas no le envilezcais, igualmente que á Teodoro, con un castigo tan infame. Tienen derecho á vuestra clemencia: considerad su edad; examinad los méritos de su culpa; dejaos conmover; y mostrad que en lo sensible el corazon de un

Rey vale tanto como el de un anciano húsar, que por la primera vez de su vida se siente anegar en lágrimas.

Rey. Vive Dios, que empieza á conmoverme! *(ap.)*

Deh. Señor: la gloria de que se han cubierto Carlos y Teodoro debe militar en favor suyo, y moveros á ser algo indulgente para con ellos.

Rey. Pues ¿que han hecho?

Deh. Ha ganado una bandera cada uno.

Brant. ¡Ha ganado una bandera cada uno....! Oh! Esto ya muda de aspecto.... Señor: ya no es una gracia la que os pido, sino una justicia. Dos banderas por su primer ensayo! Que esperanza para lo venidero! Señor, os lo predigo, en ellos verá V. M. ganar ejércitos, ciudades y provincias enteras. Podreis ahora castigar á dos jóvenes tan valientes?

Mat. Señor, permitidme unir mis ruegos á los de ese buen hombre. La pérdida de Carlos y Teodoro sería para mi el golpe mas funesto.

Rey. De Carlos!

Gob. (*bajo á su hija*). Que es lo que haces, hija?

Brant. Dejadla hablar ¡voto á brios!

Rey. Esplicaos, señorita?

Mat. Todos vuestros vasallos, Señor, son vuestros hijos: bajo este título os confiaré todas mis penas. Soy amada de Carlos.

Rey. Y vos le correspondeis?

Mat. Lo confieso, Señor. Ah! Que la clemencia, esa virtud de los grandes reyes, tome en vuestro corazon el lugar de esa escesiva severidad. Asi sentireis el placer de perdonar y hacer felices á dos personas.

Rey (*Despues de leer la sentencia otra vez*). Pues bien: reduzco á cinco años su detencion en

Spandau.

Brant. Miren que gracia! *(ap.)*

Rey. Esto es lo mas que puedo hacer por ellos.

Bra. Preciso es que tenga corazon de bronce *(ap.)*

Deh. Tranquilízate. *(á Brant).* Señor: los dos húsares, á quienes la Prusia debe la conservacion de V. M., solicitan el honor de seros presentados.

Rey. Viven! Que vengan: estoy impaciente por verlos.

Deh. *(yendo hácia el bastidor.)* Llegad.

ESCENA XII.

Dichos, y CARLOS *y* TEODORO *en trage de húsares.*

Rey. Acercaos, valientes húsares. Sois vos á quienes debo la vida?

Carlos saca la banda, y la presenta al Rey sosteniéndola con Teodoro.

Si, esta es mi banda. Hablad: qué es lo que deseais? *(Carlos da al Rey un memorial.)*

Lee el Rey. ,,Señor: suplicamos á V. M. perdone á dos desdichados jóvenes, que el amor y la gloria han hecho delincuentes. El baron de Felchein y Teodoro de Armant han tenido la desgracia de incurrir en vuestro enojo.'' Que poderoso interes os mueve en su favor?

Teod. *(Disfrazando la voz)* La suerte honrosa que les aguarda. Dignaos continuar, Señor.

Rey. ,,Nos han confiado sus penas, y los hemos visto portarse con tanto valor en la accion que nuestra mayor recompensa será restituir á nuestro glorioso soberano dos servidores cuyo arrepentimiento es igual á su amor y su celo.'' Siento que sea ese el premio que exijis

por el importante servicio que me habeis hecho, mas debo manifestaros mi reconocimiento de un modo digno de vosotros. y haceros ver que aun sé mejor premiar que castigar.

Car. Pues bien, Señor: premiar y castigar.

Quítanse las gorras, y se echan á los pies del Rey.

Rey. Que es lo que veo!

Brant y Matilde. Carlos!

Cretla. Carlos! } *Juntos.*

Gob. Mi sobrino! }

Brant. Como, Carlos! Sois vos! Este dia os hace ilustre para siempre. Salvar á su príncipe!.... coger una bandera al enemigo....! Y bien señor: sereis aun inflexible?

Rey. (*A si propio con emocion*). Son mis libertadores!

Brant. Ciertamente, lo son: amigos, ya estais perdonados.

Rey. Quen lo ha dicho!

Brant. Vuestro corazon. Esa emocion que noto en V. M. Si eso es natural.

Rey. (*Con severidad fingida*). Alzaos: húsares, avanzad. (*Avanzan los húsares*).

Brant. Señor, tendreis valor....!

Rey. Retírate.

Mat. Fenecieron mis esperanzas. (*ap*).

Rey. Húsares.....

Todos. Perdon, perdon.

Los generales y edecanes se ponen en accion de suplicar.

Rey. Húsares..... Silencio. El baron de Felchein es vuestro coronel.

Car. Que oigo!

Mat. Que dicha!

Rey. Y Teodoro de Armant gefe de escuadra en vuestro regimiento.

Car. y Teodoro (*A los pies del Rey*). Ah! señor....!

Rey. (*Alzándolos*) Jóvenes: os habeis distinguido demasiado bajo ese uniforme, para que lo dejeis. Estás contento, Brant!

Brant. Señor, me admira vuestra conducta.

Rey. Estimo tu aprobacion.

Brant. Asi lo creo, Señor.

Rey. Carlos, conozco vuestro amor por esta señorita, pero para la dicha de entrambos necesitais que pasen aun dos años antes de que se verifique vuestro enlace Pasado este tiempo, si conservais aun los mismos sentimientos, os daré permiso para que se efectue, con tal que obtengais la aprobacion del señor gobernador.

Car (*al Gobernador*) Podre esperar, señor...!

Gob. Señor baron: los menores deseos de S. M. son para mí órdenes irrevocables.

Rey. Sobre todo no olvideis, oh jóvenes! que al valor militar debe un guerrero reunir la mas ciega obediencia, pues en su union estrivan las fuerzas de los ejércitos y la gloria de los imperios.

FIN.

En la misma libreria se hallarán igualmente las siguientes comedias nuevas.

El Colateral, ó la Diligencia en parada.
Los Asesinos de Florencia, ó la Quinta de Paluzzi.
El Abate Lepeé, y el Asesino, ó la huérfana de Bruselas.
Un momento de Imprudencia.
El Delirio Partenal.
Eduardo en Escocia, ó la Terrible noche de un proscripto.
Julieta y Romeo, tragedia.
Los Jueces francos, ó el tiempo de la barbarie.
La Llave falsa, ó los dos hijos.
El Maestro de la Niña.
La Italiana en Argel, melodrama jocoso.
Washinton, ó los Ingleses prisioneros.
El Fiscal de su delito, juez sordo y testigo ciego.
La enterrada en vida.
El Bosque Peligroso, ó los ladrones de la Calabria.
Los Hermanos á la prueba.
La Muger de dos maridos.
La Corona de laurel, ó fuerza de las leyes.
Los dos Valdomiros.
El Pelayo, *tragedia, nuevamente refundida.*
Las Herrerias de Maremma, ó los Viajes de Leopoldo á Grosetto.
Lord Davenant.
El Desafio y el Bautizo.
El Leñador Escoces.
Julio y Carolina.
Los dos ingleses.
Paucho y Mendrugo, *sainete.*
Caliche, tuno de Maracena, *sainete.*
Torrezno y Panzacola, *sainete.*